Después de la Gran Recesión y la Pandemia: ¿el declive del neoliberalismo?

Autor(es): José Ignacio Casar Pérez

Informe: Coordenadas para el debate del desarrollo

Fecha de publicación: 3 de noviembre de 2021

ISBN colección: 978-607-02-9557-7

ISBN obra: 978-607-30-5269-6

Categoría: Economía > Macroeconomía

Resumen: Tras los eventos de la Crisis financiera de 2008 y la posterior Recesión global, se puso un fin al optimismo sobre la Gran Moderación como solución para evitar recesiones. A pesar de que no surgió una nueva revolución en el pensamiento macroeconómico, la crisis y la pandemia de 2020 están generando tendencias que reformulan la intervención estatal en la economía. El capítulo expone los elementos y procesos que están reconfigurando la política económica, especialmente en áreas como la distribución del ingreso y la política de desarrollo.

Link: https://doi.org/10.22201/pued.9786073052696e.2021.c3

Referencia en Formato APA (7ª edición)

Casar, J. I. (2021). Después de la Gran Recesión y la Pandemia: ¿el declive del neoliberalismo? En R. Cordera y E. Provencio (Coords.), *Coordenadas para el debate del desarrollo* (pp. 41-53). UNAM-PUED. https://doi.org/10.22201/pued.9786073052696e.2021.c3

© 2025 Programa Universitario de Estudios del Desarrollo, UNAM.

Después de la Gran Recesión y la Pandemia: ¿el declive del neoliberalismo?

*José I. Casar**

Introducción

La crisis financiera detonada por el colapso de *Lehman Brothers* en 2008 y la recesión mundial que la siguió acabaron con el sueño de que el capitalismo contemporáneo había encontrado, en la fórmula de política económica resumida en la etiqueta de la «Gran Moderación», la receta para impedir las recesiones. La economía mundial se contrajo 1.7% en 2009, su primera reducción en términos absolutos por lo menos desde 1960, y el Producto Interno Bruto (PIB) per cápita mundial disminuyó 2.9%; la recuperación posterior fue, además, particularmente lenta: el mundo creció a una tasa promedio anual de 2.5% entre 2008 y 2019, sustancialmente menos que en el cuarto de siglo anterior (3.2%) (Banco Mundial, 2020). En Europa Occidental, en particular, aunque la recesión fue menos profunda que en la Gran Depresión, la recuperación fue más lenta que entonces y solo ocho años después de iniciada la crisis se recuperó el PIB por habitante de 2007. Países como Italia, por no mencionar a Grecia, aún no habían recuperado el nivel del PIB de 2007, no ya por habitante sino en términos absolutos, en 2019, más de una década después de la crisis financiera.

Se tiende a olvidar que en los primeros meses después del desastre financiero, tanto entre economistas como en medios financieros y en la arena política, la discusión se centraba en si el mundo sería capaz de evitar una Segunda Gran Depresión. Se trató, así, de un episodio de turbulencia económica global solo comparable, en los últimos cien años, a la Gran Depresión de los años treinta y al desconcertante (para los economistas) período posterior al embargo petrolero de 1973 en el que se combinó el estancamiento económico generalizado con la aceleración de la inflación.

En su colaboración para el número que el *Oxford Review of Economic Policy* dedicó en 2018 al tema "Reconstruyendo la teoría macroeconómica" Krugman (2018) menciona que los dos grandes episodios previos de malestar económico —la Gran Depresión en los treinta y la «estanflación» de los setenta— condujeron a repensar, de manera fundamental, la macroeconomía, pero que la Gran Recesión no ha producido una nueva gran idea, mucho menos una que haya revolucionado a la profesión (pp. 156-157). Efectivamente, los dos episodios previos dieron lugar a cambios radicales en lo que se puede llamar la corriente dominante en el pensamiento económico, en la forma misma de concebir el funcionamiento de la economía y, desde luego, en la política macroeconómica —como señala Krugman—, pero también, como se argumenta aquí, en la economía del desarrollo. Para Krugman (2018), el hecho de que no se haya producido un cambio sustancial en la macroeconomía después de la Gran Recesión se explica en una frase: la macroeconomía convencional, si bien falló en prever la crisis, fue suficientemente buena para el trabajo gubernamental en dos sentidos: por un lado, los modelos básicos usados en macroeconomía (al menos en una de sus versiones) funcionaron bien —es decir, lo que previeron luego de la crisis resultó acertado— y, por el otro, la respuesta de política a la crisis, aunque severamente limitada en muchos sentidos, fue suficiente para evitar un desastre total.

* Investigador del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo - UNAM.

Si bien este diagnóstico es probablemente correcto en lo fundamental —de hecho, no se ha producido una revolución en el pensamiento económico dominante en materia macroeconómica hasta ahora y, efectivamente se evitó la depresión global— no es menos cierto, y es lo que se argumenta en este ensayo, que, al calor de la Gran Recesión y sus secuelas y con más fuerza a partir de la experiencia de la pandemia en 2020, se advierten tendencias en la reflexión económica que apuntan a una reformulación sustancial de la forma en que se concibe el funcionamiento de la economía desde una perspectiva positiva y, desde un punto de vista normativo, de las propuestas para la intervención del Estado en la misma.

Para evaluar las perspectivas y los alcances posibles de estas tendencias emergentes, a continuación, se exploran los elementos comunes a las dos transformaciones registradas por el pensamiento dominante en el siglo XX y cómo se combinaron para dar lugar a las mismas. Además, se presenta una reflexión sobre el grado en que fenómenos similares están presentes en el momento actual. La conclusión tentativa a la que se llega es que está en marcha un proceso múltiple de reformulación de las bases de la política económica en diversos ámbitos —la distribución del ingreso, la coordinación supranacional de políticas, el papel de las políticas monetaria y financiera y, con particular énfasis, la política de desarrollo— que, si bien no ha dado lugar a una transformación integral del pensamiento económico comparable a la revolución keynesiana y a la contrarrevolución que le siguió, está modificando radicalmente lo que se considera el campo de acción y el alcance de la intervención del Estado en la economía al grado de poner en tela de juicio a la mayoría de las propuestas de política económica, en sentido amplio, que hasta hace unos años formaban parte del repertorio normal de la corriente dominante en la disciplina económica.

Elementos que contribuyen al cambio en el pensamiento económico dominante

El pensamiento en economía, al igual que en otras áreas del conocimiento, rara vez es homogéneo. Es un hecho, sin embargo, que en diferentes épocas se puede identificar un conjunto de concepciones, doctrinas, ideas y cuerpos teóricos, más o menos consistentes entre sí, que configuran lo que en lengua inglesa se denomina *mainstream economics* —que en este ensayo se nombra «pensamiento económico dominante» o «paradigma dominante»—, y que constituyen el común denominador de la profesión tanto en la academia como en el análisis financiero y, más importante aún, en los círculos en que se definen las políticas económicas nacionales y se toman las decisiones de los organismos multilaterales y las empresas globales. Se diría que forman el sentido común, el ADN, del razonamiento de la mayor parte de quienes abordan, profesionalmente o no, los más diversos temas económicos. Sus expresiones van desde los modelos articulados con rigor que aspira a ser científico y las investigaciones empíricas que estos inspiran hasta los lugares comunes y generalizaciones que se repiten frecuentemente en los medios de comunicación. Estas condensaciones de ideas y postulados compartidos suelen estar vigentes durante varias décadas, marcan el carácter de la discusión pública de los asuntos económicos y constituyen el referente de las políticas estatales vinculadas a temas económicos y sociales. Son el punto de referencia del debate incluso para quienes sostienen puntos de vista contrarios al dominante.

El surgimiento de nuevos paradigmas económicos es el resultado de un proceso social que va más allá de la evolución del pensamiento o de la disciplina económica. El proceso involucra a actores políticos y sociales con actitudes e intereses determinados, con valores y aspiraciones que se plasman en cuerpos de teoría que reformulan, a veces, el objeto mismo de la disciplina y que se convierten en propuestas de política económica distintas a las prevalecientes hasta el momento de su aparición en escena. Por ello no basta con

que surjan nuevas ideas que sean superiores, en abstracto, a las dominantes en términos de su capacidad de explicar los fenómenos económicos, sino que las nuevas ideas solo se convierten en hegemónicas y desplazan a la ortodoxia vigente cuando, por así decirlo, llega su momento histórico.

Revisar los elementos comunes que se pueden identificar en procesos previos de cambio del pensamiento económico dominante parece pertinente para abordar la cuestión de si la disciplina está inmersa actualmente en un proceso de transformación del paradigma dominante o no. En este ensayo se identifican cuatro elementos compartidos por los dos esquemas de pensamiento que en el siglo XX cuestionaron al pensamiento dominante y lo sustituyeron con un nuevo conjunto de ideas y sus correspondientes orientaciones de política económica en diferentes ámbitos. En cada caso se presenta una reflexión sobre la medida en que en la actualidad se pudiera estar gestando un proceso de cambio similar.

Los paradigmas dominantes surgen como respuesta a hechos históricos que no "encajan" o no se pueden explicar con el marco teórico prevaleciente

La crisis económica europea de la primera posguerra, particularmente en Gran Bretaña y Alemania, y la Gran Depresión después de 1929 provocaron un crecimiento del desempleo sin precedentes, cuya magnitud y persistencia en el tiempo confrontó al paradigma liberal, vigente por 100 años,[1] con una realidad que no podía explicar. Para lidiar con este nuevo fenómeno, el pensamiento ortodoxo o dominante de la época carecía de los instrumentos adecuados. Si bien ya circulaban ideas y propuestas alternativas al paradigma liberal clásico, las respuestas ortodoxas a los nuevos fenómenos con frecuencia producían resultados contrarios a los esperados como sucedió, por ejemplo, con el regreso al «patrón oro» impulsado por Churchill en 1925 (contra la opinión de Keynes) y con el alza de tasas de interés después del colapso de 1929, las cuales profundizaron el desempleo. En la década de 1930, y con más fuerza durante la Segunda Guerra Mundial, las ideas keynesianas desplazaron a la concepción liberal como el modelo de referencia para el pensamiento y la política económicas.

Al mismo tiempo, el colapso del comercio internacional y de los precios de las materias primas que acompañaron a la Gran Depresión hundieron a los países «atrasados» en una crisis que puso en entredicho el patrón de desarrollo seguido hasta entonces, sobre todo en América Latina, basado en la especialización en la producción de materias primas y su intercambio por bienes manufacturados en función de las ventajas comparativas estáticas consagradas en la teoría ricardiana del comercio internacional. En poco tiempo, las nuevas ideas desarrollistas, que al igual que el pensamiento keynesiano suponían un nuevo y más activo papel del Estado, se convirtieron en el pensamiento dominante y en la inspiración de la política económica en prácticamente toda América Latina.

Las décadas doradas de expansión asociadas a la hegemonía del pensamiento keynesiano, el desarrollo del «Estado de bienestar» en los países avanzados y la expansión que conoció América Latina como resultado de la industrialización mediante la sustitución de importaciones se comenzaron a agotar en los setenta. A la fase descendiente del ciclo económico se sumó el choque de oferta que significó el embargo petrolero y el alza en el precio de los alimentos, lo que dio lugar a un problema nuevo que no encajaba en la teoría y en los instrumentos vigentes de política económica: la «estanflación», es decir, la combinación de

1 Aunque hay quienes argumentan, tal vez con razón, que el liberalismo se había comenzado a transformar desde mediados del siglo XIX en lo que Andrew Ives (2015) llama el liberalismo reformista del que el pensamiento keynesiano sería la continuación. En palabras de Ives el neoliberalismo puede ser visto como el rechazo de toda la trayectoria del pensamiento liberal emprendida desde mediados del siglo XIX, comenzando con la obra de John Stuart Mill (2015, p. 15). Si bien puede ser válido que el neoliberalismo —por su rechazo a la intervención estatal— representa la vuelta a un liberalismo más antiguo, es un hecho que la revolución keynesiana representa una ruptura radical con el pensamiento liberal vigente en la primera postguerra.

estancamiento económico con el alza sostenida de los precios, que no era fácilmente explicable dentro del paradigma keynesiano que postulaba una disyuntiva entre inflación y desempleo. En el terreno del desarrollo, uno tras otro de los países latinoamericanos vio sus procesos de crecimiento desacelerarse en medio de crecientes desequilibrios externos y fiscales y procesos inflacionarios en un hecho que desembocó en la crisis de la deuda y la llamada «década perdida».

Los paradigmas paralelos al keynesianismo y el desarrollismo fueron poco a poco desplazados —primero en el debate académico y después en la práctica con los gobiernos de Thatcher y Reagan— por un nuevo conjunto de ideas inspiradas en la centralidad del mercado y la necesidad de replegar la acción del Estado en la economía y, en materia de desarrollo, con el llamado consenso de Washington para hacer frente al problema de la deuda externa y la idea de las reformas estructurales para recuperar el crecimiento. En el terreno de la política macroeconómica, la idea de la tasa de desempleo natural que impide la aceleración de la inflación (*NAIRU*, por sus siglas en inglés) se impuso como idea central y fundamento de la política macroeconómica, aunque, como se verá, el debate en torno a la efectividad de la política anticíclica se mantuvo.

El nuevo consenso dominante —el modelo que ahora se conoce como «neoliberal»—, anclado en la fórmula de política macroeconómica llamada la Gran Moderación, dio lugar a una reducción notable en la intensidad de las fluctuaciones económicas en los países avanzados entre fines de la década de 1980 y la crisis financiera de 2008 (aunque conviene recordar que durante el período se presentaron varias crisis de distinta intensidad en América Latina y en Asia). Como se mencionó al inicio de este ensayo, la Gran Recesión no ha dado lugar a un cambio profundo en el pensamiento dominante. Sin embargo, al igual que en los dos acontecimientos anteriores —la Gran Depresión y la estanflación—, los años posteriores a la Gran Recesión han puesto de relieve una serie de fenómenos, presentes desde antes de 2008, que desbordan el alcance del pensamiento dominante y que han dado lugar a diversas reflexiones y propuestas teóricas y de política que están erosionando la hegemonía del pensamiento neoliberal desde diversos ángulos, y que, como se verá más adelante, se apoyan en el surgimiento de nuevos valores y en la incipiente formación de una nueva coalición de actores políticos, sociales y económicos.

De entre los fenómenos contemporáneos que resultan difíciles de procesar para el pensamiento dominante, con su énfasis en el mercado y la acción de agentes individuales no constreñidos en su acción por el Estado, están la creciente desigualdad en la distribución de los frutos de la prosperidad económica y el cambio climático, que supone la mayor amenaza que haya enfrentado la humanidad. Ambos fenómenos reclaman una intervención estatal correctiva que se torna más compleja en el caso del cambio climático, por su necesario componente de coordinación global. El crecimiento explosivo del sector financiero y su participación en el ingreso —que difícilmente se explica por su contribución a facilitar el crecimiento económico—, junto con el creciente dominio de las actividades en las que encarna la revolución tecnológica por un puñado de empresas de alcance global, ponen en duda la bondad de un modelo en que la asignación de recursos y la distribución del ingreso es facultad exclusiva del libre mercado y, de hecho, reclaman repensar el alcance del Estado en materia fiscal y de regulación de la competencia y los mercados financieros. La necesidad de una más vigorosa presencia estatal —tanto en la salud como en la respuesta a la crisis económica— se ha hecho evidente y ha sido, *de facto*, aceptada consensualmente en todos los países durante la crisis desatada por la pandemia Covid-19. Por último, la migración masiva en diversas regiones ha puesto de manifiesto la necesidad de repensar el funcionamiento de los mercados de trabajo en todas las latitudes y su relación con la globalización que impulsa el modelo neoliberal.

En el terreno del desarrollo, con excepción de los años en que el auge de las materias primas propiciado por la expansión sostenida

de China ofreció un respiro, la imposibilidad de detonar un proceso de crecimiento y desarrollo sostenido durante los años de vigencia del modelo neoliberal es motivo suficiente para replantear la economía del desarrollo. Cabe señalar que lo anterior aplica tanto a los países que incursionaron en la nueva modalidad del modelo primario exportador como a países que avanzaron en la senda de una inserción en el comercio exterior basada en la exportación de manufacturas—como México—, pero que asumieron a cabalidad el modelo centrado en las reformas estructurales.

Los paradigmas emergentes exitosos priorizan un conjunto de valores nuevos

Tanto en el caso de la emergencia del paradigma keynesiano como en el del surgimiento del paradigma neoliberal, los valores de referencia subyacentes al pensamiento dominante previo fueron cambiando por circunstancias históricas, creando las condiciones sociales para que las nuevas formas de pensamiento económico, compatibles con esos valores, se volvieran dominantes.[2] La movilización masiva en la Gran Guerra —incluidas las mujeres—, el ascenso político y social del movimiento obrero, la difusión de ideas socialistas diversas y la Revolución rusa crearon el clima en el cual los valores asociados a la obligación social de atender la inseguridad económica, aumentar los ingresos de los trabajadores y los pobres y ampliar las redes de protección social se tornaron dominantes. La definición misma de lo público —lo estatal— se amplió significativamente y con ello la base fiscal de lo que para la segunda posguerra se consolidaría como el Estado de bienestar. En resumen, se puede decir que se impuso en la sociedad una idea de justicia distributiva apoyada en una noción de libertad positiva en la que la capacidad del individuo para ejercer la libertad y la autodeterminación requiere de acciones colectivas estatales que le coloquen en posición de elegir el curso de acción individual que le parezca adecuado. Por ejemplo, un individuo desempleado, sin ingresos, no tiene mayor margen de elección en el mercado laboral en ausencia de un seguro de desempleo. En términos más amplios, se impuso la idea de que la libertad de empresa solo sería plena y daría sus frutos si la intervención estatal, suavizando el ciclo económico, regulando los mercados para hacerse cargo de diversas externalidades y proveyendo suficientes bienes públicos —infraestructura, educación, salud etc.—, creaba las condiciones para su ejercicio. Se trataba, en suma, de hacer frente a las conspicuas fallas de mercado que habían conducido al desorden mundial en el período de entreguerras.

Las políticas asociadas al paradigma keynesiano y a los valores en que se apoyaba dieron lugar a más de treinta años de auge económico sin precedente, expandieron las clases medias y el consumo de masas, abatieron la pobreza y mejoraron sustancialmente la distribución del ingreso en los países avanzados, mientras que las ideas y las políticas desarrollistas produjeron procesos de urbanización e industrialización en muchos países atrasados y en algunos casos, como los de México y Brasil, dieron lugar a los llamados milagros económicos. Al mismo tiempo, sin embargo, el peso del Estado en la economía creció al grado de que la carga fiscal alcanzó cerca de un tercio del PIB en Estados Unidos de América (EUA) y la mitad del producto o más en Europa occidental. Por otro lado, el empleo público llegó a representar entre 20% y 30% del total a fines de la década de 1970.

Cuando se presentó el fenómeno de la estanflación en los años setenta, y en el marco de la terciarización de la economía y la pérdida de influencia de los sindicatos, la crítica académica del keynesianismo cobró fuerza y legitimidad y se impuso un esquema de valores que reivindicaba, en un contexto moderno, algunos de los valores del liberalismo clásico. Al abolirse, o atemperado significativamente, las desigualdades y los daños sociales prevalecientes décadas atrás, la idea de

2 En las palabras de Bowles y Carlin (2020) los paradigmas de política exitosos combinan un conjunto de valores éticos con un modelo de cómo funciona la economía, una de cuyas propiedades es que el procurar esos valores éticos contribuye al desempeño de la economía tal como se representa en el modelo (pp. 372-373).

«justicia procesal» (en la cual, si las reglas son iguales para todos, los resultados son responsabilidad del individuo) reemplazó a la «justicia distributiva» (obligación social con los individuos) y, en paralelo, la «libertad negativa» (que postula la centralidad de la eliminación de barreras o restricciones al ejercicio de la acción libre del individuo) desplazó a la noción de «libertad positiva» prevaleciente en el período anterior. En su discurso de toma de posesión, el presidente Ronald Reagan (1981) lo expuso con claridad:

> Los infortunios económicos que padecemos se nos han venido encima a lo largo de varias décadas […]. En la presente crisis el gobierno no es la solución, el gobierno es el problema. […] Es tiempo de frenar y revertir el crecimiento del gobierno, que da muestras de haberse expandido más allá del consentimiento de los gobernados. […] No es una coincidencia que nuestros problemas actuales corran paralelos y sean proporcionales a la intervención e intrusión en nuestras vidas resultado del innecesario y excesivo crecimiento del gobierno. (párrafos. 8, 9, 13 y 17).

El período de estabilidad de la Gran Moderación, que culminó en la crisis financiera de 2008, la Gran Recesión y la lenta recuperación posterior se caracterizaron por el retraimiento del Estado, la globalización, una creciente desregulación en diversas áreas —particularmente notable en el ámbito financiero— y enormes transformaciones tecnológicas con efectos debatibles en materia de productividad, pero evidentes en materia de polarización de la calidad del empleo. El aumento de la desigualdad y la pérdida de horizonte para amplios grupos de la población que ha acompañado estos procesos han generado una polarización social que, a su vez, ha dado lugar al deterioro de la legitimidad de los sistemas de representación democrática y al surgimiento de movimientos políticos que amenazan las bases de la democracia, con frecuencia desde gobiernos surgidos de ella. Sin embargo, como telón de fondo de estos fenómenos, es posible percibir el surgimiento de nuevos valores que ponen de relieve la igualdad y la cohesión social. Particularmente relevante es el creciente peso que el tema ambiental tiene en la conciencia y las prioridades de amplias capas sociales, especialmente de los jóvenes. Estas tendencias son, por su naturaleza, campo fértil para el surgimiento de nuevos paradigmas en materia de pensamiento económico alejados de la concepción neoliberal dominante.

En América Latina, el mediocre desempeño económico ha dado lugar al rechazo explícito de los valores proclamados por el neoliberalismo, incluso en los países más exitosos, en un proceso exacerbado por el regreso al estancamiento luego del auge de los precios de las materias primas. A su vez, ha desembocado en severas convulsiones sociales en muchos países, lo que sugiere que el clima es propicio para el surgimiento de nuevas concepciones y propuestas de desarrollo.

Los paradigmas emergentes son impulsados por una coalición de agentes sociales, políticos y económicos interesados en el nuevo conjunto de valores

La aparición de fenómenos o hechos históricos que resultan difíciles o imposibles de procesar en el marco de los esquemas de pensamiento económico dominante y el surgimiento de nuevas prioridades en la escala de valores de la sociedad requieren, para dar lugar a un cambio en la economía dominante, de la conformación de una coalición de agentes políticos, económicos y sociales, no necesariamente explícita, que convierta al nuevo cuerpo de ideas en el sentido común de la sociedad en una nueva etapa.

En el proceso de surgimiento del paradigma keynesiano y durante las décadas de hegemonía del mismo fue fundamental la confluencia de una serie de agentes sociales opuestos al estado de cosas vigente en la etapa previa. Los nuevos valores vinculados a la justicia distributiva y la nueva economía que postulaba la necesidad de una mayor intervención estatal se retroalimentaban: por un lado, los nuevos valores postulaban, por ejemplo, la necesidad

de aliviar las penurias del desempleo, mientras que, por otro, la economía keynesiana, a su vez, proporcionaba la racionalidad teórica para justificar el establecimiento de un seguro de desempleo. Ambos elementos —nuevos valores y nueva economía— le dieron sustento ideológico a una nueva coalición que, a su vez, los promovía, que fue instaurando el Estado de bienestar en los países avanzados y que dio lugar al *boom* de la posguerra. En un primer momento, el sindicalismo, los partidos obreros aliados a sectores reformistas de partidos tradicionales y empresarios temerosos de la radicalización proletaria en el contexto de la Revolución rusa, y con el apoyo difuso de corrientes intelectuales preocupadas con lo que veían como un orden social injusto, arroparon el establecimiento del paradigma keynesiano. Los empresarios que desarrollaron las industrias basadas en la masificación del consumo y en el desarrollo del complejo industrial-militar durante la Guerra Fría y el éxito mismo del nuevo esquema de pensamiento económico consolidaron la dominancia del paradigma keynesiano en los cincuenta y los sesenta.

En los países periféricos, las nuevas fuerzas políticas que impulsaron los procesos de industrialización con base en las ideas desarrollistas forjaron, igualmente, coaliciones de nuevos empresarios, organizaciones obreras y clases medias emergentes interesadas en la «modernización», la industrialización y la maximización de los beneficios provenientes de la sustitución de importaciones, las políticas fiscales y financieras de fomento y de las inversiones públicas en infraestructura.

Las turbulencias de los años setenta, con el agotamiento del dinamismo de la expansión de las décadas doradas y el surgimiento de la estanflación pusieron en tela de juicio al pensamiento dominante y destruyeron las certezas de quienes lo apoyaban. Se fortaleció la presencia social de los actores políticos e intelectuales conservadores en el marco de la pérdida de influencia de los sindicatos y de los problemas económicos de la época que se atribuían a los excesos estatales. El declive de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS] catalizó el auge del pensamiento neoliberal, por lo que comenzó a forjarse una nueva coalición de intereses empresariales y financieros que tenían mucho que ganar si se imponía un programa de desregulación, privatización y retraimiento del Estado. Para fines de la década de los ochenta luego del triunfo de Reagan y Thatcher y el colapso de la URSS, la «contrarrevolución» neoliberal había alcanzado la hegemonía y su influencia alcanzaba a buena parte del globo.[3] La nueva coalición dominante proclamó «el fin de la historia».

Como se señaló más arriba, sin embargo, la historia continuó y, con ello, se han producido nuevos hechos que no encajan en el nuevo paradigma —desde la crisis financiera de 2008-2009 y la mediocre recuperación que le siguió hasta la crisis climática y la irrupción de la pandemia por Covid-19— que reclaman nuevas formas de concebir la economía y la acción colectiva a través del Estado. Al mismo tiempo han surgido y cobrado fuerza social nuevos valores que cuestionan frontalmente a los valores subyacentes en el modelo neoliberal. Aunque hasta ahora no se percibe la configuración de una coalición consistente en torno a nuevas maneras de entender la economía y el rol del Estado en la misma, es claro que muchas sociedades están envueltas en un proceso de búsqueda de alternativas, cuyo resultado hasta ahora ha dado lugar a manifestaciones políticas que, si bien se presentan como opuestas al *statu quo*, no parecen ofrecer soluciones sustentables a mediano plazo a los problemas de la época, sino más bien parecen reflejar el aprovechamiento del descontento social a través de ofertas oportunistas y, en algunos casos, autoritarias.

3 Con la importante excepción de Asia, que mantuvo muchos de los rasgos centrales de su modelo de desarrollo previo. Aunque también en este caso puede decirse que a partir de la década de 1990 esos modelos se movieron paulatinamente en una dirección más liberal dando mayor juego a las fuerzas de mercado.

Los paradigmas emergentes desarrollan un modelo del funcionamiento de la economía en el cual la promoción de esos valores contribuye a mejorar el desempeño de la economía tal cual se representa en el modelo

Los postulados keynesianos sobre la demanda agregada, sobre el comportamiento del ahorro y la inversión y sobre el funcionamiento del mercado de trabajo implicaban que el «pleno empleo» era un caso particular dentro de un conjunto de resultados económicos posibles mucho más amplio, lo que puso de manifiesto la necesidad de un mayor activismo del Estado, dio carta de naturalización a la idea de la negociación colectiva de los salarios y las condiciones de trabajo y sentó las bases para una política fiscal y monetaria activa para mantener a la economía cerca de su frontera de plena utilización de los recursos y para elevar el potencial de crecimiento a mediano y largo plazo a través de la inversión en infraestructura, educación, salud, entre otros bienes públicos. Naturalmente, el pensamiento económico puso el énfasis en las fallas del mercado y las externalidades, con lo que se desarrollaron los argumentos para una fuerte expansión, después de la guerra, de la actividad regulatoria también a nivel microeconómico en numerosas actividades. El nuevo modelo de funcionamiento de la economía dio lugar, así, a políticas que mejoraban el desempeño económico en las dimensiones que privilegiaba esa concepción de lo económico, es decir, en materia de empleo, crecimiento y bienestar.

En los países periféricos, el cambio en el rol del Estado, si cabe, fue mayor aún. El colapso de la economía mundial en los treinta hizo evidente que la prosperidad solo sería alcanzable si las naciones emprendían vastos programas de transformación productiva y de industrialización, que no podían sino ser impulsados por el Estado. El nuevo paradigma macroeconómico, como ya se señaló, se vio acompañado por la idea del desarrollismo. En América Latina se planteó el modelo centro-periferia y la teoría de la tendencia descendiente de los precios de las materias primas. La especialización ricardiana se reemplazó con la industrialización por sustitución de importaciones que imponía una asignación de recursos distinta a la que produciría el mercado por sí mismo. La teoría clásica del desarrollo, los modelos de Lewis y los modelos asociados al "gran impulso" pusieron de manifiesto las fallas de coordinación y los obstáculos que hacían imposible el desarrollo de actividades modernas en diversas circunstancias en ausencia de la intervención estatal. Esta nueva manera de concebir el desarrollo dio lugar a políticas que mejoraron el desempeño en términos de crecimiento y transformación de la estructura productiva, que eran precisamente las dimensiones en que se centraba la nueva visión del desarrollo, y no, por ejemplo, en mejorar las condiciones de producción, transporte y competitividad de las exportaciones de materias primas que constituían el pivote de la forma previa de entender la economía.

En la década de 1970, como ya se señaló, la estanflación en los países avanzados impuso la idea de la «tasa natural de desempleo» y, posteriormente, la *NAIRU*, lo que suponía el abandono de la idea de que había una opción de largo plazo entre inflación y desempleo (o crecimiento), esto es, que la acción de la política económica podía incidir sobre las variables macroeconómicas de manera efectiva. Es el momento del triunfo intelectual de los modelos de Equilibrio General Dinámico Estocástico (EGDE) que vuelven a la idea de la tendencia automática al equilibrio de pleno empleo luego de choques estocásticos —no previstos— en un horizonte predecible y que, como producto de la acción individual de agentes racionales que prevén los efectos de la política macroeconómica, anulan su efectividad. El debate macro, sin embargo, continuó un tiempo y al final se impuso pragmáticamente la «gran moderación», con cierto espacio para la política fiscal, pero privilegiando la política monetaria (conducida por Bancos Centrales cada vez más independientes) que reducía la volatilidad de la inflación en niveles bajos a través del régimen de metas de inflación. A nivel microeconómico se puso el énfasis en la eficiencia en la asignación de recursos, en las fallas del gobierno y, por tanto, en la desregulación y el retraimiento del Estado.

En los países en desarrollo, mientras tanto, se registró un desdoblamiento de las respuestas al cambio de paradigma en los países líderes. En Asia, por un lado, el impacto del viraje en el pensamiento dominante fue mucho menor y países como Corea del Sur, Taiwán, Singapur, seguidos por otros como Vietnam, que habían sido sumamente exitosos en las décadas anteriores, mantuvieron sus modelos de desarrollo marcados por una fuerte presencia del Estado y por la voluntad de conducir estratégicamente la asignación de recursos con la finalidad de garantizar el dinamismo a través de la transformación productiva. China, con las reformas de Deng Xiao Ping, y la India, poco después, se sumaron con resultados espectaculares a estilos de desarrollo que poco o nada tenían que ver con los paradigmas que se convirtieron en dominantes en occidente a lo largo de la década de 1980.

América Latina, por otro lado, sumida en la crisis de la deuda después de los años de la estanflación, se vio obligada a llevar a cabo los draconianos ajustes macroeconómicos que condujeron a que los ochenta recibieran el apelativo de la década perdida. Siempre más cercana que Asia a la influencia de la economía dominante —y a las presiones de los organismos y la banca internacionales por razón de su endeudamiento previo— América Latina se sumó, en muchos casos con entusiasmo, al nuevo paradigma dominante; primero en materia de política macroeconómica, pero pronto en materia de lo que se llamó el «ajuste estructural» que, en términos de desarrollo, no era otra cosa más que la adopción de la visión neoliberal que proponía que, una vez lograda la estabilidad macroeconómica a través de las políticas propias de la gran moderación, la tarea del Estado en el desarrollo se debía circunscribir a crear —precisamente a través de las reformas estructurales—.[4] La liberalización del comercio y los flujos de capital, la privatización de empresas y servicios públicos, el fomento de la competencia y la liberalización de los mercados de trabajo y capital deberían bastar para lograr la asignación óptima de los recursos. En otras palabras, el afán desarrollista de décadas previas que pretendía conducir conscientemente la evolución de la estructura productiva —para hacerla más parecida a la de los países avanzados— fue sustituida por una no-política de desarrollo en la que el crecimiento se retomaría naturalmente gracias a la estabilidad macroeconómica y a la eficiente operación de los mercados de bienes y factores de la producción.

Tras dos décadas de auge del paradigma neoliberal y doce años desde la Gran Recesión, no se ha producido un vuelco definitivo en el pensamiento económico dominante, como se señaló en la introducción a este ensayo. Sin embargo, el modelo neoliberal está bajo asedio en varios flancos y comienzan a surgir alternativas que ponen en duda varios de sus aspectos centrales.

En primer lugar, en el frente de la macroeconomía, las secuelas de la Gran Recesión, si bien no han producido una revolución, sí han cambiado radicalmente el balance de las opiniones en torno a la efectividad de la política macroeconómica como instrumento para incidir sobre las fluctuaciones de la demanda. La respuesta inicial a la crisis financiera, en una situación en la que las tasas de interés estaban ya cerca de cero, fue la expansión fiscal, una medida típicamente keynesiana. De acuerdo con Krugman (2018), los modelos keynesianos convencionales postulaban que, con tasas de interés cercanas a cero, los altos déficits no presionarían al alza a las tasas de interés, que los fuertes aumentos en la base monetaria no elevarían la inflación y que el multiplicador del incremento del gasto sería positivo y superior a uno. Esto es lo que efectivamente sucedió y no lo que pronosticaban los adherentes

4 Las tesis de la teoría clásica del desarrollo se habían comenzado a abandonar en algunos círculos académicos desde los setenta bajo el argumento de Bhagwati (1985) de que la apertura al comercio rompía con las restricciones al crecimiento introducidas por las economías de escala, lo que refutaría los argumentos a favor de una estrategia de «gran impulso» al desarrollo. Esta noción se tornó dominante en los ochenta y condujo a las políticas de apertura comercial de la época. Para una revisión de la literatura y un balance crítico del tema, véase Ros 2013a).

más extremos a la ortodoxia, esto es que la expansión monetaria dispararía la inflación y que la expansión fiscal no tendría efectos significativos sobre la actividad económica. Una vez que se conjuró el peligro de que la economía mundial cayera en una depresión y se comenzaron a ver los síntomas de recuperación, sin embargo, la ortodoxia volvió por sus fueros con la idea de la «austeridad expansionista» que se encuentra detrás de las políticas de consolidación fiscal y que propone que la reducción de los déficits públicos genera un incremento de la inversión (*crowding in*). La experiencia europea después de 2010, que abrazó la tesis de la austeridad, en comparación con la de EUA (aunque también ahí estas ideas inhibieron la puesta en práctica de una política fiscal más agresiva) muestra que la vieja macroeconomía de corte keynesiano es superior a la que se atiene a los postulados de las versiones más extremas de los modelos de EGDE. La experiencia de 2020 ha refrendado la superioridad del enfoque keynesiano de política macroeconómica: en condiciones de tasa de interés muy baja o negativa, la respuesta a la crisis provocada por la pandemia ha girado en torno a la política fiscal, con la política monetaria jugando un rol secundario de facilitador del financiamiento del déficit fiscal y preservador de la integridad del sistema de pagos.[5] Este tipo de coordinación entre política fiscal y monetaria se ha revelado como clave para enfrentar exitosamente la crisis y supone la aceptación generalizada de un abanico de alternativas de política macroeconómica mucho más amplio que el que se impuso en el período de la Gran Moderación.

Una segunda área en la que el pensamiento económico dominante está siendo sujeto a revisión crítica es el que tiene que ver con la descripción básica de la economía como el conjunto de intercambios entre agentes individuales bajo contratos completos en mercados competitivos que determinan un conjunto de precios relativos y cantidades producidas dada la tecnología, las preferencias individuales y la disponibilidad de factores de cada individuo. Si bien están lejos de ofrecer una alternativa teórica completa a la microeconomía tradicional, los avances en la teoría de los contratos incompletos y la economía del comportamiento cuestionan la noción misma del intercambio voluntario entre agentes maximizadores y están en la base de propuestas de reforma institucional y de políticas públicas que, por lo menos, han presionado a las empresas a modificar comportamientos en su organización interna y en relación con su responsabilidad social[6].

Por otra parte, el trabajo de Piketty (2013) y su grupo de investigadores ha puesto sobre la mesa el tema de la distribución del ingreso y la riqueza, y al margen del debate empírico sobre la magnitud del deterioro de la misma en el período de hegemonía del paradigma neoliberal, ha puesto en tela de juicio, desde una perspectiva teórica, la idea de que el capitalismo conduce a una reducción de la desigualdad una vez que se alcanza un cierto nivel de desarrollo. Al poner en duda la relación entre crecimiento y desigualdad (resumida en la curva de Kuznets), estos trabajos no solo han dado sustento teórico y empírico a las voces inconformes con los resultados del paradigma neoliberal, sino que también han dado lugar a propuestas de reforma de los sistemas fiscales en muchos países.

Otras áreas en las que se puede detectar un cambio con énfasis en el análisis y las propuestas de política pública son las que se refieren al cambio climático y la política de competencia frente a la creciente dominancia global de un grupo reducido de empresas en sectores muy dinámicos vinculados al avance tecnológico. La creciente atención a estos problemas ha conducido, naturalmente, a poner de relieve la presencia de externalidades y, por tanto, la presencia de fallas de mercado cuya importancia tiende a minimizarse en el paradigma neoliberal que pone el énfasis en las fallas del gobierno. Una faceta importante de

5 Sobre la coordinación entre política monetaria y política fiscal y la forma en que se modificado después de la crisis de 2008 y ahora en respuesta a la pandemia, véase Panico (2020).

6 Véase al respecto Bowles y Carlin (2020).

estos problemas, que plantea retos nuevos al pensamiento económico e institucional, es la referida a su carácter supranacional. Tanto la acción pública para enfrentar el cambio climático como la posibilidad de controlar el poder de mercado de las grandes empresas tecnológicas —y de paso lograr que paguen impuestos como otras empresas— requiere de una colaboración entre Estados nacionales, que supone no solo voluntad política, sino también un marco de análisis más comprehensivo e integral que el que se ha desarrollado hasta ahora.

En el área de la economía del desarrollo se han registrado avances importantes en la elaboración de un pensamiento alternativo al paradigma neoliberal, cuyos resultados han sido mediocres en el mejor de los casos. Esto es particularmente cierto para el caso de los países de ingresos medios, como México y Brasil, que vieron colapsar sus tasas de crecimiento con la crisis de la deuda y no han podido recuperar la senda del crecimiento alto y sostenido. Frente a lo que postula el pensamiento dominante, en el sentido de que la tarea de la política macroeconómica se reduce a mantener el equilibrio macroeconómico y de que las reformas microeconómicas —las reformas estructurales— crearían las condiciones en que el funcionamiento eficiente de los mercados conducirá al crecimiento alto y sostenido, se ha conformado un pensamiento alternativo que sostiene que es necesario buscar un equilibrio macroeconómico distinto —un equilibrio distinto entre los precios relativos clave de la economía— al que ha surgido luego de la estabilización lograda en la década de 1990.

Los economistas que se inscriben en lo que se ha dado en llamar el «neodesarrollismo»,[7] han propuesto interpretaciones críticas de lo sucedido de los ochenta en adelante, explicando la incapacidad de las reformas estructurales para detonar el crecimiento, y han propuesto esquemas de política que involucran un mayor protagonismo para el Estado tanto en el ámbito macroeconómico como en la política industrial y, en particular, en la de desarrollo regional para las zonas atrasadas.

En términos generales, se propone buscar un nuevo equilibrio macroeconómico que, al preservar la estabilidad de precios, incluya una configuración de los precios clave —tasa de interés, salario real y tipo de cambio—.[8] El Estado tiene un rol indispensable en la inversión en infraestructura y la provisión de bienes y servicios públicos que hagan posible la inversión rentable sobre todo en regiones atrasadas,[9] el esquema involucra, generalmente, una propuesta de reforma fiscal que eleve la participación de los impuestos en el producto, lo cual, además, contribuye a mejorar la igualdad en la distribución del ingreso y refuerza la expansión del mercado interno.

En resumen

Los años previos a la Gran Recesión marcaron el apogeo de la hegemonía del pensamiento neoliberal como punto de referencia de la política macroeconómica y como marco general del pensamiento en torno a la intervención del Estado en la economía. A partir de 2008 – 2009, y con más fuerza en el contexto de la crisis provocada por la pandemia, aunque desde luego hay antecedentes relevantes en los años previos, comenzaron a cobrar relevancia y visibilidad hechos históricos que, por su naturaleza, no son fácilmente procesables dentro del paradigma vigente. Asimismo, se aprecia la difusión de valores que se contraponen al individualismo exacerbado que justifica los resultados de la operación de las fuerzas de mercado, cualesquiera que estos sean, como parte del orden natural de las cosas. El descontento con estos resultados en amplias capas de la sociedad, tanto en los países ricos como en los atrasados, ha dado

7 Véase, por ejemplo, Bresser-Pereira (2016, 2019) y los trabajos de Ros (2013b, 2015), entre otros.

8 Aunque pueden y deben jugar un papel anticíclico para mantener a la economía cerca del pleno empleo de los recursos.

9 Para un análisis del papel de la inversión pública en la evolución de los diferenciales regionales de desarrollo en el caso de México, véase Casar (2020).

lugar a la configuración de coaliciones políticas cuyos objetivos y métodos, sin embargo, frecuentemente debilitan el orden democrático y no necesariamente contribuyen a la solución de los problemas de fondo —la desigualdad y la pobreza crecientes, el deterioro ambiental, la degradación de la calidad del empleo y la polarización social entre quienes se perciben como perdedores y la minoría beneficiada por el modelo— que dan lugar al descontento y tampoco promueven los valores emergentes.

En este contexto, las condiciones parecen estar dadas para el surgimiento de un nuevo paradigma. No hay, por ahora, ningún desarrollo conceptual que parezca suficiente para configurar una revolución en el pensamiento dominante, tal vez porque, como señala Krugman (2018), en el crucial campo de la política macroeconómica, los viejos modelos —aunque en su versión keynesiana y no en las versiones favoritas del paradigma neoliberal— resultaron suficientemente buenos para el trabajo gubernamental (p. 157). Sin embargo, los avances parciales en diversas áreas reseñadas en el apartado anterior sugieren que, en el campo de las políticas económicas, el asedio crítico al que ha sido sometido el paradigma neoliberal y la construcción de propuestas alternativas están conduciendo a una reforma paulatina, pero significativa, en la acción del Estado.

Referencias

Banco Mundial. (2020). *The Worl Bank: data bankGDP per capita growth (annual %).* https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD

Bhagwati. J. (1985). *Wealth and Poverty. Essays in Development Economics* (Vol. 1). The MIT Press.

Bowles, S. & Carlin, W. (2020). Shrinking Capitalism. *American Economic Association Papers and Proceedings*, 110, 372-377. https://doi.org/10.1257/pandp.20201001.

Bresser-Pereira, L. C. (2016). Reflecting on new developmentalism and classical developmentalism. *Review of Keynesian Economics*, 4(3), 331-352. https://doi.org/10.4337/roke.2016.03.07

Bresser-Pereira, L. C. (2019). Models of the developmental state. CEPAL Review, (128), 35-47. https://www.cepal.org/en/publications/44978-models-developmental-state.

Casar, J. I. (2020). Inversión pública, crecimiento y desigualdad regional. En R. Cordera & E. Provencio (coords.) *Informe del Desarrollo en México. La perspectiva regional.* (pp. 103-114). Programa Universitario de Estudios del Desarrollo - Universidad Nacional Autónoma de México [PUED-UNAM]. http://132.248.170.14/publicaciones/43/Perspectiva_Regional.pdf

Ives, A. (2015). Neoliberalism and the concept of governance: Renewing with an older liberal tradition to legitimate the power of capital. *Mémoire(s), identité(s), marginalité(s) dans le monde occidental contemporain*, 2(14). https://doi.org/10.4000/mimmoc.2263

Krugman, P. (2018). Good enough for government work? Macroeconomics since the crisis. *Oxford Review of Economic Policy,* 34(1-2), 156-168.

Panico, C. (2020). La coordinación de las políticas económicas en los tiempos del Coronavirus. *Economía UNAM*, 17 (51), 214-226. http://revistaeconomia.unam.mx/index.php/ecu/article/view/559/591

Piketty, T. (2013). *Capital in the Twenty-First Century*. Belknap-Harvard University Press.

Reagan, R. (1981). *First Inaugural Address of Ronald Reagan* [Transcripción del discurso]. Lillian Goldman Law Library. Yale. https://avalon.law.yale.edu/20th_century/reagan1.asp

Ros, J. (2013a). Openness and the Big Push: Criticisms and Extensions of Classical Development Theory. *Rethinking economic development, growth and institutions* (pp. 202-222). Oxford University Press.

Ros, J. (2013b). *Algunas tesis equivocadas sobre el estancamiento económico de México*. El Colegio de México-UNAM.

Ros, J. (2015). *¿Cómo salir de la trampa del lento crecimiento y alta desigualdad?* El Colegio de México-UNAM.

Informe del Desarrollo en México

Coordenadas para el debate del desarrollo

Cordera, Rolando, autor. | Provencio Durazo, Enrique, autor.
Coordenadas para el debate del desarrollo / Rolando Cordera Campos, Enrique Provencio Durazo, (coordinadores).
Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2021. | Colección: Informe del Desarrollo en México.
LIBRUNAM 2115471
ISBN de la colección: 978-607-02-9557-7
ISBN del volumen: 978-607-30-5269-6
México -- Política social -- 2021- . | México -- Política económica -- 2021- . | Desarrollo de la comunidad -- México. | Salud pública -- México. | Educación básica -- México. | Pandemia de COVID-19, 2020- -- Política gubernamental -- México.
LCC HN117 | DDC 361.610972—dc23

Primera edición: 3 de noviembre de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, c.p. 04510,
Ciudad de México.

Coordinación de Humanidades
www.humanidades.unam.mx

ISBN de la colección: 978-607-02-9557-7
ISBN del volumen: 978-607-30-5269-6

Programa Universitario de Estudios del Desarrollo
Planta baja del antiguo edificio Unidad de Posgrado,
costado sur de la Torre II Humanidades, campus central
de Ciudad Universitaria, Ciudad de México, Coyoacán,
04510
www.pued.unam.mx

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Hecho en México.

Contenido

Rolando Cordera y Enrique Provencio
Presentación 11

Sección I. Nuevos entornos del desarrollo

Rolando Cordera Campos
¿Rumbo a un mundo posneoliberal? 15

Mariano Sánchez Talanquer
La recesión democrática como un problema de estatalidad 25

José I. Casar
Después de la Gran Recesión y la Pandemia: ¿el declive del neoliberalismo? 41

Francisco Suárez Dávila
Lecciones del desarrollismo para la estrategia económica de México para los años veinte 54

Margarita Flores de la Vega
La Agenda de Desarrollo Sustentable a 2030: aspiraciones por retomar 65

Tonatiuh Guillén López
Desarrollo y migración internacional: perspectivas desde México 80

Mario Luis Fuentes y Saúl Arellano
El desarrollo frente a la pandemia: nuevos escenarios, nuevos retos 89

Sección II. Urgencias magnificadas por la pandemia

Mario Luis Fuentes y Cristina Hernández
Pandemia y estructuras de protección en México 102

Saúl Arellano
La pobreza en la niñez o la fractura del curso de desarrollo 114

Karina Videgain e Israel Banegas
Llover sobre mojado: los efectos de la crisis sanitaria en la participación laboral femenina y las actividades de cuidado del hogar 121

Hacia un sistema universal de salud 132

Rodolfo Ramírez Raymundo
La educación básica en la pandemia 2020-2021 142

Marta Cebollada Gay
Mujer y empleo en México: la necesidad de una política laboral con perspectiva de género 150

Delfino Vargas y Servando Valdés
Hablemos de la violencia en México: ¿hemos avanzado o retrocedido? 163

Sección III. Prioridades en políticas sociales y económicas

Iliana Yaschine
Cobertura de programas sociales federales en tiempos de Covid-19 178

Héctor Nájera y Curtis Huffman
Hacia el fin de la pobreza: La agenda 2030, la pandemia y la pobreza por ingresos 188

Jesuswaldo Martínez Soria
Impactos de la pandemia Covid-19 en el mercado de trabajo y en sus perspectivas de desarrollo...200

Fernando Cortés y Servando Valdés
Ingreso básico universal, pobreza y desigualdad 214

Enrique Provencio y Julia Carabias
Sustentabilidad ambiental en el desarrollo post pandemia 227

José I. Casar
Más allá de la crisis: sobre la necesidad de una reforma fiscal 238